

Recepción del diploma de "Profesor Emérito"

Alberto Gómez Farías *

No voy a pronunciar un discurso académico como es de rigor en estas circunstancias. Primero, porque debemos atenuar la severidad, la majestad del báculo ceremonial, la rigidez, transformando la transmisión de los principios inmutables de la tradición universitaria en un mensaje sin toga, que a la par de respetar la solidez de sus cimientos, todos, docentes y alumnos, estén en condiciones de acompañar o disentir.

La universidad de nuestros tiempos implica, a la par de una memoria reverente por la historia de la institución, un compromiso ineludible con los requerimientos del presente, si proyecta insertarse al futuro del milenio que despunta.

De todos modos, las reflexiones que se pueden aportar después de haber transitado toda una vida en el proceso de recibir formación, en la medida de transmitir formación, se encuentran impregnadas de los valores que hacen a la esencia del saber recogido de la universidad.

Por más que suene a verdad de Perogrullo, tener el honor de ser designado "Profesor Emérito", constituye una ocasión excepcional en la vida del docente, que el receptor jamás terminará de gozar. Si bien creo que nunca pequé de vanidoso, debo confesar que hoy me siento rebosante de felicidad, reconociendo en el fondo que supera todas mis aspiraciones y, desde luego, la cortedad de mis merecimientos. De todos modos, las sensaciones de alegría no se esconden en la intimidad recoleta del ego; se comparten en el aliento a los colegas en camino a nutrir, todos los días, con pasión, el apostolado de enseñar, íntimamente hermanado a la vocación de aprender, de investigar, como camino perseverante de crecimiento en un mundo dinámico, sin vocación de vegetar en la inercia y menos en la obscuridad.

De esta sucesión de etapas, de la actividad plena a la misión de consulta o guía, surge la certeza de que permanentemente tenemos roles que cumplir en la modelación de la personalidad de las nuevas

* Decano del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales de la UNLM.

generaciones. Siempre habrá quien esté preparado para ocupar nuestro lugar, en todo campo, en toda función. Es una realidad en la que nunca debe participar la resignación, sino, la gratificación de haber recorrido el extenso camino hasta llegar a la meta en condiciones que quizás nunca nos atrevimos a imaginar. El creer que por haber brindado nuestra devoción a la docencia y a la investigación de una disciplina que nos subyuga, la convierte en nuestra pertenencia, es caer en una necedad que en momento determinado la naturaleza se encarga de corregir con rigor, o al menos con algún grado de dolor.

Durante mis últimos años de inquieta adolescencia, en que fui distinguido con una beca de la Universidad de Columbia de New York, conté con la fortuna adicional de recibir, junto a su aprecio, el aprendizaje de dos famosos sinólogos, grandes amigos entre sí, que dejaron firmemente grabada su impronta en mi espíritu; y a quienes con profunda humildad y la tolerancia de los presentes, deseo recordar al acceder a este tramo feliz de mi larga etapa de docente activo. Se llamaban Lin Yutang y Peral Buck. Era una etapa difícil de mi formación; sin experiencia superior a la común de un *teenager*, como se identifica al adolescente, pero en que estaba dispuesto a jugarle el todo por no desperdiciar. El Dr. Lin justificaba y aún estimulaba que yo diera más tiempo a los deportes y a las reuniones sociales, impregnándome de las ideas y razonamientos de mi generación, buscando así el equilibrio entre los odios y los amores que se contraponen en esa edad. Él sostenía de vieja data que, por expresión espontánea, la fogosidad de nuestros tiempos de juventud nos lleva a cuestionar todo lo establecido como sistema, y cuando se asientan nuestras responsabilidades adultas, no aceptamos de buen talante el reclamo de actualizar los modelos vigentes ya superados por la evolución. La primera produce la necesidad de introducir innovaciones en las ideas, movilizadas en el espíritu de cambio; la segunda procura consolidar el asentamiento de lo que fue prioridad en sus tiempos por cierto, es una actitud que grafica el requerimiento permanente de transformación, acompañando al proceso de adecuación de las realidades que ofrece el pensamiento del hombre moderno, frente a las conmociones que producen los desequilibrios, la violación de las normas elementales de respeto humano; aun de los nuevos derechos que emergen ante los daños no previstos por los avances vertiginosos de la revolución científico tecnológica, partiendo de la degradación de los recursos naturales.

Este concepto, aunque más puntual, lo acuñó Lin Yutang hace más de setenta años. Durante su permanencia en la Universidad de Leipzig, Alemania, donde obtuvo su doctorado en Filosofía "Occi-

dental” y luego se desempeñó como profesor, tuvo oportunidad de presenciar un conato de rebelión estudiantil, por razones que nunca faltan, además de los aprestos para una represión. Ante las derivaciones que se presagiaba, él tomó una pausada participación, rodeado del respeto que le prodigaban ambas partes, expresando con sencillez en medio de un silencio espontáneo: “No dejemos de tomar en cuenta, dijo, lo que las paredes de esta antigua y prestigiada universidad conservan de las lecciones de sus maestros. La humanidad está conformada de una sucesión indetenible de transformaciones. Como garantía de permanencia de este espíritu de renovación, es que a los veinte años todos somos incendiarios, y a los cuarenta todos somos bomberos. Bendito que así sea, para no estancarnos en la mediocridad de la molicie. Pero, no es necesario demoler una obra para dotarla de los espacios requeridos por las nuevas ideas. Una bella pintura no se destruye porque comience a revelar signos de antigüedad; simplemente se la restaura empleando aportes químicos de última generación, con lo que unos y otros preservamos los tesoros de la humanidad”. Estas y otras reflexiones de su genio desinflamaron el ambiente, dando lugar al diálogo y, con él, las soluciones.

La anécdota me fue confiada hace cuarenta años por el Dr. Peter Widmaier, luego brillante científico, ya ex presidente de la misma universidad, que para los tiempos del episodio fue un fogoso “incendiario”, aunque luego, inspirador de graduales transformaciones que, sin hesitación, actualizó las estructuras adaptándolas a las exigencias contemporáneas. Toda vez que su recuerdo se refería al Dr. Lin, no podía impedir una transfiguración al narrar la excepcionalidad de su persona.

En una de las últimas ocasiones que visité a Lin Yutang en China, cinco años antes de su fallecimiento, lo convencí de que me acompañara al cementerio a honrar la tumba donde descansaban amigos comunes. Fue de mi parte la negación de toda habilidad, conociendo su carácter. A él siempre tales ideas le atraían poco, ya que su temperamento estaba hecho de un fino y rebosante humor, más afin al goce de la alegría de vivir, que al entorpecimiento del descanso de quienes habían retornado a cumplir con la ley de causa y efecto, es decir, al estadio en que, según su religión o merecimientos, se accede a una determinada condición.

En China, los cementerios generalmente se sitúan en una colina próxima al pueblo o ciudad, desde donde puede cubrirse con la mirada los lugares en donde transcurrió su vida, con sus penas y felicidades. Transitando por los innumerables escalones y angostas veredas que serpentean los monolitos, se detiene y señalando me dice: “Mira,

esta larga sucesión de inscripciones contiene los restos de muchos de los que fueron mis antiguos colegas; sabios unos, menos sabios otros y el resto nada sabios, pero curiosamente, hoy que lo recuerdo, con un común denominador: todos, a su juicio, eran imprescindibles. Tú sabes que yo desprecio la vanidad, de modo que cuando en algún momento llegues a la cátedra que ocupé, debes hacerlo con la certeza de que siempre me sentí sustituible, y siempre abrí el paso a mis discípulos para que enriquecieran las modestas bases que he tratado de aportarles, incorporando en ellas las experiencias de los nuevos tiempos".

Distinguidos colegas y amigos presentes: Ese *señor*, con profunda veneración, fue mi Maestro en un segmento importante de mi formación, a la suela de cuyo calzado jamás podré llegar, pero valga traer su figura para recordar que en todas las actividades hay buenos, y de los otros que son de olvidar.

En estos momentos tan especiales para mi vida, hubiera deseado incorporar a estas breves memorias a Pearl Buck, pero ya habrá ocasión en otra oportunidad. Era un producto exquisito de una humanidad brillante, veterana en el trato cordial con sus pares. Un día de 1949, me llevó en la Universidad de Columbia prácticamente de la mano a la sala de lectura, a presentarme a un "argentino ilustre", según me anticipó, a quien ya le había hablado de mis "progresos en sinología"; reconozco que el elogio me turbó. Tuve así el placer de conocer al Dr. Bernardo Houssay, perseverante lector tanto de sus libros como de los de Lin Yutang. Fue una inesperada y feliz sorpresa. En su condición de Premio Nobel de Literatura (1938), Pearl debió asumir compromisos que le hicieron cambiar, en muchos aspectos, sus hábitos y pequeños grandes gustos personales; pero siempre se daba tiempo para de tanto en tanto enviarnos una flor, lo que en su dominio del pensamiento chino simboliza que nos tenía afectuosamente presentes.

Colegas, amigos, en cuya amplitud de sentimiento pretendo abarcar, sin excepción, a los presentes. A poco de comenzar a transitar con madurez esta vida, conformada de odios y amores, penas y alegrías, grandezas y debilidades, descubrimos que mientras el mundo, este mundo, nuestro mundo, sea dinámico y no estático, los hombres, en su reducida participación durante su existencia finita, resultan nada más que un pequeño engranaje, desgastable por sus limitaciones físicas y las alteraciones permanentes de los requerimientos de una comunidad, en indetenible proceso de renovación y cambio.

De ello, que somos necesariamente sustituibles, porque a pesar de haber prestado utilidad, las nuevas generaciones, con sus nuevas

ideas, producto de las nuevas exigencias de un mundo nuevo, necesitan el relevo, el refresco que le permita hablar el nuevo idioma informático, el nuevo idioma social, el nuevo idioma económico.

Nunca hubo ni habrá imprescindibles, gracias a Dios, porque si así sucediera, nada hubiese acontecido durante los últimos tres mil años de desarrollo de la inteligencia, y menos en el último siglo, en que efectivamente sucedieron al noventa por ciento de los inventos y descubrimientos que asombraron a la humanidad, colocándola a los umbrales del nuevo milenio.

El proceso indetenible de generación de nuevos conocimientos que produce el ser humano no está en pugna con la fe, en cuanto no sean afectados los cimientos en que se sustentan. Por cierto, si ignoramos tales fundamentos, puede llegarse a cualquier aberración. No obstante, recuerdo la expresión de un indio que se negó rotundamente, mediando el presente siglo, a subir a un tren que lo acercaría a la lejana región de origen porque, textualmente, "a la velocidad que marcha esta máquina, mi alma jamás llegará a alcanzarme".

Debemos respetar profundamente los valores espirituales de nuestros semejantes, ya que incluso, aunque sin saberlo, en el caso mencionado, su actitud defendía la pureza del oxígeno que respiraba, de la polución generada por la locomotora. Aunque es sólo una referencia anecdótica, no debe asombrarnos que hasta los razonamientos de los chamanes dejan siempre lugar a una reflexión. Sin duda el hombre continuará avanzando, pero en la convicción de no afectar los principios inmutables de la fe, que lo acompañarán siempre, en la medida de su respeto por los valores supremos que contiene la vida y las responsabilidades que ella genera.

Sobreviven aún algunas lenguas en África Central en donde no existen ni la palabra "pasado", ni "futuro". Todo debe construirse, hacerse hoy, como demostración de auténtica vitalidad en el cumplimiento de las necesidades de la familia, de la población contemporánea. Recurriendo a una suerte de glosario de la memoria, obtenemos ejemplos de ese reclamo imperioso de abrir afectos, compartir la solución a los requerimientos planteados o simplemente generar las coordenadas que permiten sustentar la alegría del espíritu. Recuerdo que hace años, cuando investigaba en los archivos privados de Leibniz en Hannover, Alemania, su extensa correspondencia con los jesuitas asentados en la Corte de Peking, en el siglo XVII, nuestros colegas locales me posibilitaron conocer parte del Estado de Baja Sajonia. En tan placentero desplazamiento conocí dos poblaciones cuyos nombres escapan hoy traviesamente a mi memoria, separadas por un río serpenteante, pero unidas por un puente bellamente deco-

rado. Al iniciar su cruce un cartel decía: "Al finalizar este puente, usted descubrirá la ciudad más bella que sus ojos recordarán". Hermosas palabras de presentación de sus vecinos, que, como tales, generalmente son contrincantes. Pero, al iniciar el regreso por el mismo paso, para mi sorpresa otro cartel decía: "Al finalizar este puente, usted descubrirá la ciudad más bella que sus ojos recordarán". Verdaderamente, cuando los hombres queremos o nos disponemos a ser solidarios, siempre encontramos los medios para descubrir los pequeños-grandes recursos que nos permiten recuperar la fe.

Bueno, regresando a nuestro acto. Es una expresión, por demás evidente, afirmar que esta distinción constituye el honor más significativo que he recibido en mi vida. Aunque también implica una verdad inocultable, tal cual es que cuando las reservas vienen marchando en una nueva generación pujante, que se abre paso con un caudal de ideas frescas, con engranajes lubricados para insertarse con precisión en las prioridades requeridas por el mundo fascinante que preanuncia el nuevo milenio, quienes hemos presumido de ser alguna vez eficientes debemos reconocer que nuestro mejor aporte será el que prestemos en colaboración al servicio activo. Desde ese sitio, podremos brindar el apoyo logístico que provee la experiencia, unida a la perseverancia.

Cuando en 1994 se me comentó sobre la idea de designación como "Profesor Emérito", sugerí que más bien se reservara la distinción para cuando se constituyere un Consejo de Ancianos. Claro, hoy ya no se estila, pero si recordamos que el diablo sabe más por viejo que por diablo, entonces podría volver a tener asidero, ya que como diablo ni siquiera cobra jubilación; y para colmo, a todo lo mal hecho se lo mandan al diablo.

Al reconocer el respaldo y la generosidad del señor rector y del Honorable Consejo Superior, por esta distinción que de por vida quedará grabada en mi espíritu, y al valorar el apoyo profesional y afecto que durante mi modesto desempeño me han brindado los distintos niveles de la docencia e investigación, el aporte entusiasta del personal administrativo, la emotiva comprensión y responsabilidad de los estudiantes de todas las vertientes políticas e ideológicas, que reiteradamente participaron con espíritu de solidaridad en el ejercicio de sus derechos democráticos consagrados en el Estatuto de la Universidad, renuevo el juramento producido lejanamente, al recibir mi primer título, de servir con honor y competencia en el desempeño de la profesión para la que he sido formado, aunque hoy debería decir, para la misión con la que, con generosidad y confianza, he sido honrado.

Muchas gracias.